

IMAGO PRIMA

RAFAEL TORIZ

Imago Prima; Alí Calderón, Universidad Autónoma de Zacatecas, Estado de México, 2006.pp 105.

Fue Steiner quien abrió sus *Gramáticas de la creación* con una lápida que cierra, a primera vista, con la tradición de la literatura occidental. Al señalar categórico que “no nos quedan más principios” alude a la cuestión neurálgica del exordio, del *incipit*: a la (im)posibilidad y la (im)pertinencia de la creación. A estas alturas de la modernidad cualquier tentativa por decir, de nuevo, se torna como escollo y desatino, mero rumor alevoso.

Con todo, será necesario acotar a Steiner y sostener que la importancia de la experiencia, de lo dicho, no radica en su novedad ni en su fundación sino en el acontecimiento de su retorno, en decir—que es desear—para otras bocas y otros ojos. La literatura es un eco en el laberinto que acompaña la soledad de nuestros pasos.

Con *Imago prima* Alí Calderón (1982) toma la llama que ha incendiado la lengua de la legión que lo precede, esa primera imagen que proviene de un pasado cavernoso y litúrgico, secreto palpito que se adivina entre los libros, rumor del río subterráneo que late en los dedos del que escribe: palabras de otros, de todos, a las que la teoría, en una de sus jaulas bruñidas, ha encerrado bajo el nombre de intertextualidad. Calderón, con manejo profesional y escritura clara, consigue ubicar a Carl Gustav Jung en el

siempre simbólico y pedregoso territorio de la poesía. Demuestra en su cantar un hallazgo: la jaula se ha vuelto pájaro.

El libro, premio nacional de poesía “Ramón López Velarde” 2004, está dispuesto en cinco apartados que obedecen, si bien de manera discreta, a la arquetipología del suizo que es —entre otras cosas— una hermenéutica del sentido. Pero antes de entrar en la carne de sus imágenes conviene repasar, a vuelo de paloma, algunos detalles de la teoría de los arquetipos.

Etimológicamente la palabra deriva del griego “arjé”(elemento fundante) y “typos” (tipo). En palabras de Jung “el arquetipo es un elemento formal, en sí vacío, que no es sino una *facultas praeformandi*, una posibilidad dada a priori de la forma de la representación”. Entendamos entonces a los arquetipos como la tipificación formal de un fundamento de la conciencia, como una representación funcional de estructuras psíquicas inmanentes. Los arquetipos operan a un nivel pre-consciente.

Desde luego la teoría de Jung comulga más con una ontología que con una psicología en la medida en que aborda los procesos de construcción de sentido y su probable innatismo cognitivo. Jung, aun sin proponérselo; fundó una epistemología que permite, si nos ponemos laxos, incluyentes e imaginativos, prefigurar una poética. Allí Calderón con estas prístinas imágenes ha cristalizado una respuesta.

Imposible serial consumir el deseo de catalogar todos los arquetipos junguianos; basta mencionar que serían lo suficientemente variados para alucinar y enmudecer cualquier bestiario medieval. Mencionaré solo un puñado para sugerir una dirección en el libro del poeta.

Ánima/Ánimus: Son los polos femenino y masculino. La primera prefigura el ser de la mujer, sus aristas y contornos. Jung la representaba bajo la forma de una niña a la que llamó Siegfried. El Ánimus es la contraparte masculina, representada por la figura

del anciano sabio. Jung los entreveía tomados de las manos y a su conjunción la denomino con la palabra syzygy.

Sombra: Es el lado oscuro de la personalidad, la parte destructiva, peligrosa y reprimida. Jung. relata un sueño en el que en compañía de un personaje nebuloso, una especie de duende marrón, habría asesinado a la niña, el ánima.

Trickster: Es un arquetipo que habita fuera del tiempo. Es chocarrero, burlón, duendesco: el bufón de los arquetipos. Podríamos verlo representado en la figura de Puk, Loki o algún chaneque costeño. Guarda relación con la sombra y también es peligroso. En algunos casos puede cumplir cabalmente la función destructora de la sombra

Self/ Sí mismo: Es la culminación absoluta del desarrollo de la personalidad, opera en un plano trascendental, pura plenitud. Jung lo ha representado bajo la figura del mandala, perfección y realización de la complejidad de la persona.

Muchos más son los arquetipos pero me atenderé a la mención de los antes citados porque es a través de ellos que se expresan las imágenes de Calderón.

El primer apartado es herida, recuerdo y agonía de una esperanza. El poeta describe que no tiene caso cantarle a una Lesbia ingrata; que la poesía puede prefigurarse bajo el nombre de Nayeli, Claudia o Fany y estudiar psicología o negocios y de cualquier manera escapársenos entre las manos dejándonos con el sexo y el corazón, lo digo literal, ardidos y escaldados. Todas son Penélope, todas son poesía. Uno sin embargo muy pobre, muy torpe: hecho pedazos por su distancia que recuerda las palabras de Eduardo Lizalde: "La luz no muere sola/ arrastra en su desastre todo lo que ilumina. / Así el amor"; o bien la versión del poblano: "Estoy hecho jirones / y sin ti inexorablemente / me carga la chingada". Así en la secundaria como en la preparatoria el desprecio permanece. Canto como desencanto.

El segmento segundo, en un tono de mayor intensidad, es expresión de la sombra. Leemos pústulas, vómitos, harapos, gusanos, gargajos, chancros, testículos molidos; una Clara isotopía de los más encendidos deseos del virulento y el resentido: del cobrador. Ese tipejo que encuentra, como el personaje de Rubem Fonseca, una “poética (que) no se hilvana con estambres de seda ni deambulan por ella peces del aire altísimo. No se perfuma en Séphora de Champs Elysées ni aprovecha la universalidad de Harrods” (Calderón). Es esta una poética para los desheredados de la tierra, para los que llegan a las fiestas y no serán consolados. Escribe Aimé Césaire con la concreción de un mandamiento: “Mi boca será la boca de los desgraciados que no tienen boca, mi vida la libertad de aquellos que se desploman en el calabozo de la desesperación”. No es otra cosa lo conseguido por Calderón con la escritura de la sombra, palabra que no puede sino ser enemiga del estado actual de nuestras circunstancias.

“Trickster”, apartado tercero, abre con un verso de Góngora que ofrece en sus umbrales una desmitificación, una cita que alude al temperamento sicalíptico de todo poeta que se respete. Es la calentura, lo digo Aristóteles con elegancia, el alimento del melancólico y del metafísico.

En este registro Calderón ofrece la fidelidad de Proserpina como una gracia mañosa, artes de puta vieja que consigue encandilar con su imagen de mustia resignada. Paladeamos en este segmento a musas que tocan enhiestas flautas y miembros colosales, a poetisas que aspiraban a hombres y se ofrecen como cobardes acomodaticios, burocráticos y pusilánimes. Después de todo, Allí lo sabe, la poesía es el ejercicio de profetas sin honra.

“Sí mismo” (self dirán los estudiosos para evitar ambigüedades) es la consumación de la persona, el desvelamiento de la máscara que revela la unidad y claridad del ser entre palabras. Es su expresión la totalidad del universo, la sugerida incandescencia reveladora del instante: la permanencia.

Los poemas que construyen el “Sí mismo” parten y arriban en el reposo, contemplación serena que comulga con la totalidad de las cosas. Calderón escribe: “Gélido / el Iago, / espejo / del cielo: / inmaculada / imagen / de la transparencia”. Otro: “De leche es el mar bajo el reflejo de la luna: / el semen del tiempo ha preñado la mama”. O este último, perfecto, de corte oriental: “Pústula de piedra / el cangrejo / a media tarde”.

Finalmente el poeta clausura, únicamente en los límites del libro, de su escritura que es textura, la flama de su boca. “Masa confusa” es un concierto de rumores que une en un instante, como el aleph de Cantor y el argentino, la totalidad del universo.

En este segmento, mi parte predilecta, Calderón se sumerge en el océano del tiempo y su imposibilidad. Así estos poemas son ecos entreverados de Garcilaso, el Arcipreste y la lengua de *La Celestina*. Son ejercicios profundamente poéticos: artificiosos, osificados en su levedad e invitaciones a dejar-se llevar por los sustratos de la lengua. Un carnaval de batalla, carne y fantasía.

En 1941, en una Habana incierta y ya alegórica, Lezama Lima publicaba el libro que titula esta reseña; entre otros versos reluce aquel que llora: “Ah, que tú escapes en el instante / en el que ya habías alcanzado tu definición mejor.” Y esa es la circunstancia de la poesía, una fugitiva que escapa de los versos, de los libros y las vidas y que sin embargo permanece en voces como la de Calderón: textos que son a un tiempo poesía y política, visión de mundo y crítica en imágenes.

Solo queda entonces celebrar y comulgar la conjunción de lucidez y belleza expresada en rumores enemigos que nos hablan en sordina.